

# Horizontes. El eco de mis sueños

GABRIEL RODRÍGUEZ

Conocemos el horizonte delineado por la vista. Pero también hay un horizonte sentido por el oído, un horizonte del tacto, un horizonte del conocimiento, un horizonte entre la vigilia y el sueño, entre el deseo y la realidad. Todos ellos, incluso el de la vista, son un poco desconocidos. En todos hay una capa de niebla que los embellece, que los hace inestables y deseables. Todos comparten la capacidad de huir según nos acercamos, todos se alejan como un universo en expansión.

Cierre los ojos, toque lo que le rodea, acaricie la mesa, el suelo, la piel de la estatua, la hoja de papel vegetal. Hay un horizonte más allá del cual no puede *ver* nada. Su cuerpo encuentra el lugar que habita, choca con los objetos, se moldea. Siente su peso, su verticalidad, sus movimientos externos e internos. Tiene la sensación de su contenido, a la vez que tiene la sensación del contenido del mundo (percepción cenestésica y cinestésica, interoceptiva y propioceptiva, háptica, táctil).

El horizonte también es la línea que separa, en la lejanía, estados de la materia: lo sólido o lo líquido de lo gaseoso, aéreo; la vida de la muerte, lo material de lo espiritual. Los estados intermedios lo borran: el agua evaporada, el agua que cae, las nieblas y lluvias. Existe un horizonte líquido, submarino, formado entre la tierra y el agua, que se aleja según caminamos por el fondo marino, y que se diluye con la tierra removida, con los estados intermedios.

El horizonte está formado por dos planos que se despegan, entre los que penetramos, entre la tierra y el cielo, que se levantan como la piel de un herido, como la hoja protectora que se alza sobre el dibujo protegido. Pero no solo separa, también sirve para unir, cosas tales como lo místico y lo voluptuoso.

Lo que conocemos nos constituye, forma parte de nosotros. Somos un reflejo constructivo del medio físico y cultural en el que habitamos. Un reflejo activo, dinámico, complejo. Pero hay un punto a partir del cual nuestra voz ya no regresa, un punto de no retorno. Lo mismo que hay una línea en la que nuestra vista se detiene. Hay un horizonte, una frontera permeable, en la que el diálogo, el eco, se convierte en deseo, en sueño, en necesidad de significados nuevos, de experiencias de conocimiento no vividas anteriormente.

Lo recuerdo. No podía dejar de caminar: cuando llegaba al recodo, que limitaba en el horizonte la mirada, necesitaba ver qué había tras el recodo siguiente, y tras el siguiente. Recuerdo perfectamente la intensa necesidad de llegar al nuevo saliente rocoso para contemplar la playa desconocida, la emoción de descubrirla y de hollarla, de pasearla y poseerla. Lo recuerdo porque es un sentimiento que no me ha abandonado.

La percepción se despiden en el horizonte de lo conocido. Una despedida ocasional. Hasta que llegue el momento de atravesar los territorios pantanosos, inestables, las tierras de nadie que hay en torno a los límites, a las fronteras. Hasta que la pasión del conocimiento obligue a la artista a caminar sus sueños, en el silencio, en la soledad sin ecos. Para buscar, para conseguir emitir algunos sonidos que formen un nuevo sistema de medida, para lograr ubicar algún tipo de huella reconocible.

Podríamos decir que se despiden en el horizonte de lo nombrado, de lo medido. La artista, la poeta, es aquella que tiene necesidad de investigar, de atravesar la frontera del horizonte, para hablar en un territorio sin eco, para tocar lo que no tiene nombre, para topografiar lo no medido. Y en ese trabajo de construir un hueco, un nido, un lugar, con materiales desarraigados, empezar a oír la música del silencio, el sueño del otro, empezar a construir información a la espera de que se produzca una señal de regreso, un eco. Lo mismo que el geógrafo agotando las noches, en vela, en la cumbre más alta, en el pico de Mulhacén, espera el retorno de la señal desde un horizonte perforado, desde otro mundo, otro continente, pare tejer tramas de sentido.

Nuestros horizontes están marcados por nuestra escala, por nuestro espacio y nuestro tiempo, por la materia que nos constituye. Delimitan nuestros ecosistemas. Si fuéramos más altos, veríamos, tocaríamos, más lejos. También variaría nuestro horizonte de conocimiento. Nuestra concepción del espacio y del tiempo sería radicalmente distinta si habitáramos un territorio subatómico o estelar: nuestra forma de conocimiento estaría determinada por otros horizontes.

Ahora, Yolanda Novoa nos invita a un viaje cercano, profundo, a sumergirnos siguiendo una senda fuerte de marcas sutiles, jalonada por indicios recios, por cicatrices leves, por hitos ocultos, diversos, por huellas inestables.

Yolanda Novoa trabaja con elementos virtuales que mezcla y compone en la imaginación: conchas, espacios conocidos, papel translúcido, mármoles de Antonio Cánova, recortes, huecos, acumulaciones, pintura, gota, naturaleza oscura, luces, escamas, pulsaciones. Objetos palpables e impalpables que, cuando se encarnan en la materia, responden de una manera compleja, que se sitúa en el horizonte formado entre lo proyectado y lo inesperado. Cada lágrima, cada gota o colgante está pintado a mano, recortado, colocado formando un tejido, una textura, un texto. Cada brochazo ha sido recortado minuciosamente, transformado en joya, caparazón, nácar, caracol, tacto, movimiento, reunión, cabellera. Cada uno es una firma de la autora, cada uno recoge un gesto personal, inconsciente: todos tienen un temblor distinto y parejo. La obra se compone y crece en el límite del horizonte formado entre lo consciente y lo inconsciente. Siempre hay algo detrás, una inquietud, un doble sentido, algo que se quiebra tras una claridad tranquila y abismal.

La mirada de la figura de mármol parece reposada, el gesto plácido, las manos aquietadas sobre el regazo. Pero, tras esa aparente quietud, hay una inestabilidad conmovedora, un horizonte tranquilo y sutil a la vez que profundamente dramático: el que recorre la obra de Yolanda Novoa. Una línea oscura marcada por la visión del fin de la actividad cercana de la mano, de la expresión de un estado de ánimo, de una forma de aliento. Una línea terrenal en la que acaba la capacidad expresiva de la obra, en la que se agota el sueño.

Esa materia densa, esos fluidos pesados, dividen el espacio. En la parte inferior, lo terrenal, conocido, oscuro, lo vivido, los pesos hundidos, los sueños muertos, la decepción, la pena negra, la parte negativa pero útil, la contemporaneidad dura, la dificultad necesaria, la roca terminal. En la superior, la cabellera transparente que flota ingrávida movida por los vórtices del viento de los sueños.

El niño que suavemente da de beber a las palomas posadas, con absoluta entrega, sobre sus rodillas, compone una escena, tan emotiva como contenida, que se prolonga en la obra de Yolanda Novoa. Son personajes detenidos en un momento de introspección, ensimismados, cercados por la angustia. Yolanda Novoa acoge, actualiza, activa imágenes con las que se identifica, para integrarlas en sugerencias abiertas al futuro, para expresar los rastros materiales que rodean la melancolía, la tristeza, la espera, la decepción, la inconsistencia del presente. Un viento de fugacidad, de contingencia, atraviesa el espacio que rodea a la figura ensimismada que contempla a las palomas. Un instante a punto de quebrarse, sometido a cambios de los que ya hay síntomas impalpables, que llevan a la fractura, a la tragedia cercana. Algo va a suceder que desviará la trayectoria estable del instante efímero.

En diálogo con ese sustrato denso, poblado de vectores inestables, la línea del horizonte separa y une los lugares en los que puede crecer una huella leve, silenciosa, instauradora de nuevos ecos. El paisaje más lejano al que llega nuestra vista, también es el recodo más lejano desde el que nos llega una imagen. El sitio más distante al que conseguimos hacer llegar nuestra voz, nuestra canción, es a la vez el lugar más distante desde el que nos llega un sonido, una señal. El objeto más separado de nosotros que podemos tocar es, recíprocamente, el más lejano que nos acaricia. En el horizonte termina el eco de lo real y comienza el camino de los ecos soñados, el paisaje que se transforma a la vez que lo transitamos.